

Tristeza sobre un caballo blanco

El monte verde, el agua de la lluvia todavía sobre la hierba, y la gran loca suelta; la niebla velando y destapando, mentirosa de horizontes y parajes, caminos que se cierran, árboles que crecen, sombras amenazadoras, la procesión fantasmagórica de la Santa Compañía con la última alma en pena que deja el caldero al infortunado que quedará lelo para siempre; campanas del atardecer, oración por los caminantes perdidos, ahora alegres por la romería; día santo, día brujo, no matéis una mosca, no aplastes con tu pie la hormiga, el caracol o la **cochinilla**, no apedreen al pobre perro errante, al gato salvaje y cazador, no asustemos a la vaca, al burro, al caballo, respetaré a todo bicho viviente, todos van, todos caminan, todos suben, todos peregrinan hacia el santuario de la Virgen. Hay que encender las velas, hay que traer a los desvariados ante el altar para que suelten los demonios; si no va con rezos, los palos ayudan lo suyo, a más de uno se le fue el tembleque, a otros se les acabó el ataque de dientes apretados y yertura de huesos, el ido se espabiló, el rabioso conoció las lágrimas, resucitó la niña muerta, el maligno huye hacia el mar y sus pasos son truenos en los valles. Meigas antiguas con sabor de tierra que no son peores que éstas que andan con batas blancas por los sótanos y cavernas de los manicomios, no es día santo, nada es sagrado, el enfermo entre chispas azules, se convierte en curiel, hay que probar con el choque eléctrico para que se apague su obsesión; si se quiebra la columna, mala suerte; apagar, apagar, que muera la llama, olvido del mal fantasma, aunque cueste el olvido del nombre, domicilio y profesión, del hijo y de la esposa, del tiempo y del espacio, que flote el cascarrón vacío de querer y recuerdos, el palo epiléptico de la electricidad amansa las rebelías, ya el enfermo no inspirará miedo a sus gentes, ya es un animal manso que se duerme al sol y papa—el—viento.

No son aguas para echar el ancla, adiós niña guapa que te quedas junto al río de olivos, otra Medicina, New York, Cornell Hospital, a la vera del East River. El gran almacén de fichas y etiquetas, cada caso bien clasificado y en su casilla, hurgar, escarbar, zohondar en el subconsciente, transferencias, distanciamientos ante las historias clínicas y las rayas del encefalograma. El deseado arco desde la célula al pensamiento, la ciencia fronteriza que se atreve con el misterio. Cinco años de trabajo sin que se cayera la venda, subir, correr por la rampa del puente curvo, la misma ilusión con cada nuevo paciente, rosario de entusiasmos para las doctrinas y escuelas que incorporaban luz a la caverna insondable. Tiempo para el gozo, el buen sol de mayo que espabila las ardillas del Central Park en las mañanas de domingo, ciclistas infantiles, velas diminutas en

la piscina y concierto sobre el césped; crepúsculos acodado a la borda del ferry que circunvala Manhattan mientras se encienden las ventanas de los rascacielos poniendo sobre la noche que nace, una constelación de estrellas cuadradas y cercanas. Tu trompeta, entonces, querido Amstrong, con acentos de ternura, suave y brillante como la piel de un gato —“Ramona, remember”— en la pista de bronce que gira en sentido contrario a la Tierra, a favor del reloj, alta, a cielo limpio, lejos del humo y el ruido de los automóviles. ¡Párate, otra vez, tiempo!

ALFONSO GARCIA-RAMOS

Fragmento de la novela de igual título, de próxima publicación.